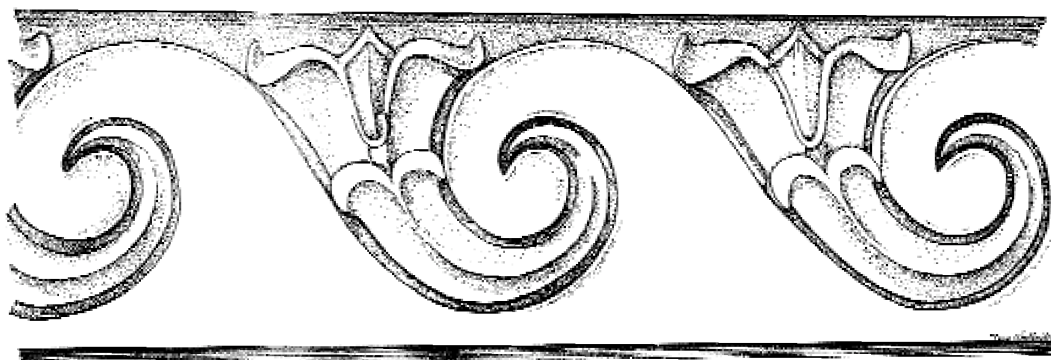

Cuento

Leía a Svevo, Moravia, Pavese

Bárbara Jacobs

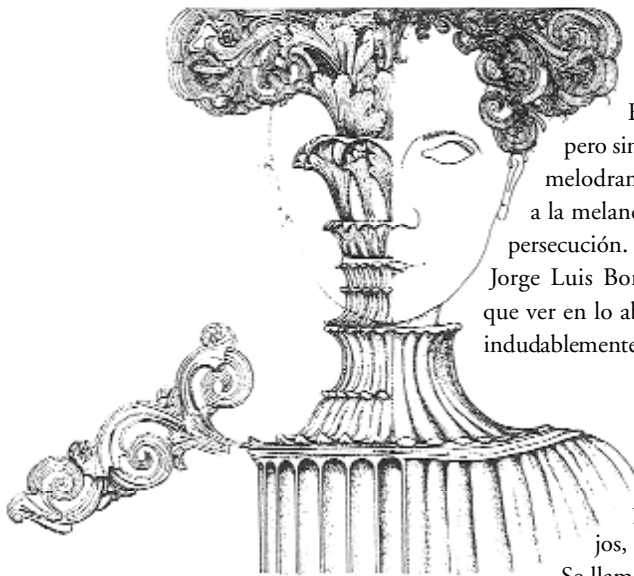


Bárbara Jacobs —autora de Juego limpio, Las hojas muertas y Atormentados, entre otros— explora, en este juego de lecturas entrelazadas e intertextualidad evidente, el universo siempre mágico de la infancia.

No sé por qué se llamaba Fernanda. Tenía labios de pico, podía haberse llamado Polla. Pero quién se llama Polla. De apodo podían haberle puesto Pollita. Tenía los ojos rasgados y el cuerpo fino de una japonesa, y tenía el pelo corto de un muchacho. Castaño, porque no era ni rubio ni negro. Lacio, porque no era rizado ni ondulado. Era alta. Tenía veinte años.

Era la menor de tres hijos de unos padres viejos desde que ella nació. A ella le tocó ir a la morgue a reconocer el cadáver de su papá atropellado, y también a ella le tocó recibir el cuerpo de su único hermano varón. Su herma-

no murió joven, de un ataque al corazón mientras jugaba un juego de raqueta que estuvo de moda mientras no mató a suficientes jóvenes, a quienes los especialistas habían aprobado por tener suficientemente buenas condiciones para jugarlo. Se llamaba *squash*. Fernanda lloró y se secó las lágrimas con un pañuelo. Usaba pañuelo. Ya nadie usaba pañuelo. El papá de Fernanda era sordo. Un transeúnte tomó el número de la placa del vehículo que lo atropelló, era un repartidor de una marca de pan, pero ella no hizo nada por encontrar al conductor ni demandarlo, o pedirle explicaciones, o medio matarlo.



Pensó que nada de esto haría resucitar a su papá. Era sensata. Estaba desengañada pero sin melodrama. No era melodramática. No era dada a la melancolía ni al delirio de persecución. Su papá se parecía a Jorge Luis Borges sin tener nada que ver en lo absoluto con él. Pero indudablemente se le parecía. Su hermana era pelirroja, estaba casada con un comerciante de origen árabe y era madre de dos hijos, un niño y una niña. Se llamaba Teresa. De apo-

do le decían Teté. Envió antes de cumplir cuarenta años. Le llevaba veinte a su hermana menor, Fernanda.

Fernanda colgaba la gabardina azul oscuro de un gancho detrás de la puerta de su oficina de traductora al castellano, con un par de dobles la colocaba sobre sus piernas los siete días seguidos que duraba el festival de cine en verano, la dejaba en el vestidor a la entrada del teatro, la acomodaba a lo largo del asiento de atrás de su coche, por la calle caminaba con ella abotonada desde el cuello hasta debajo de las rodillas, ajustada en la cintura con un cinturón de hebilla ancha de plata, caminaba prácticamente sin despegar los muslos, con el asa de un bolso amplio de piel al hombro, debajo de un paraguas, con pasos cortos, de japonesa, cortos y angostos, y la cabeza inclinada un poco, pero sólo un poco, prácticamente imperceptiblemente, de lado y hacia adelante. Tenía los tobillos gruesos. Y tenía los glúteos duros, redondos, levantados, de un torero o un bailarín. Tenía los senos pequeños, las manos largas, las uñas bien cortadas, la piel más bien morena, pero no muy morena, o morena tirando a clara.

Pedía aperitivo antes de la comida o la cena en un restaurante, comía y cenaba con vino tinto, tomaba licor con el café. El café debía ser *espresso*. Ya había vivido un par de años en Roma y conocía muy bien las diferentes pastas y salsas. Comía y cenaba pastas con salsas. Sabía qué pedir como primer plato, como plato fuerte, como postre. Tenía buen apetito, pero no cocinaba. Ni engordaba. Ni hacía otro ejercicio que caminar. Pero no hacía caminatas por hacerlas sino solamente para ir de un lugar a otro. Por ejemplo,

del estacionamiento hacia dondequiera que fuera a ir. O de la estación del metro, o de la parada



de autobuses a dondequiera que fuera a ir. Tenía buena postura. Se sentaba derecha. Tenía buenos modales, descansaba una mano ligeramente sobre la otra sobre las piernas, no cruzaba las rodillas ni los tobillos, sino que adelantaba uno de los pies al otro, los pies bien plantados sobre el piso y la tierra.

Usaba una pulsera de oro delgada y discreta. No usaba anillos. Usaba aretes, pequeños, discretos, de alguna piedra fina. Usaba broches en la solapa del saco. No usaba collares. Pero si hubiera usado collares habría usado uno, de perlas chicas, podía ser, corto, cerrado al cuello. Usaba ropa a la moda pero lo más clásica posible dentro de la moda. La ropa que usaba era de buen material, de colores no llamativos.

Tenía dos o tres novios. A lo largo de los años, siempre los mismos dos, que se casaban y se divorciaban con otras pero que seguían siendo los dos novios de siempre de Fernanda. El tercero era variable. Uno de los dos constantes era el hijo heredero de un papá dueño de una fábrica de alimentos para aves. Pero el hijo se desplazaba en motocicleta. De traje y corbata pero con casco de motociclista y en motocicleta. Otro era traductor como ella pero tenía categoría de directivo en el departamento de traducción en el que ella trabajaba. Era una organización mundial. Con el tiempo, los dos fueron a dar a la sede, en Nueva York. Primero se trasladó él. Se fue con su esposa y sus hijos. Y después él mismo mandó por Fernanda y Fernanda también se fue. Acabó mudándose a Nueva York, sólo que sin quitar su casa en la colonia Condesa de la Ciudad de México.

Pero esto sucedió años más tarde. Antes, siguió viviendo en la casa de su mamá. Tenía dos comedores. El chico era muy luminoso. Estaba cerca de la lavandería y el planchador, entre la cocina y la lavandería y el planchador. Sentadas en una banca, a espaldas de una gran ventana, madre e hija sentían el sol de la mañana y de mediodía, sentían el calor que emanaba de la cocina y del planchador y olían los aromas que despedían la cocina y la lavandería. Calores y olores cruzados y mezclados en el pasillo que hacía las veces de comedor chico en la casa de Fernanda y su mamá, que no se llevaban mal.

Eran casi de la misma estatura. Y se reían casi de la misma manera. Aunque no se reían de los mismos motivos, las dos reían con frecuencia. Les daba gusto lo que las hacía reír, a cada una lo suyo, y les daba gusto su propia risa. También les daba gusto hacer reír a otros. Cada una sabía qué haría reír a otro y lo hacía reír. Su risa era diferente en cada una, pero discreta en las dos. La de Fernanda era como grave. La de la mamá era como aguda. La de Fernanda terminaba en sonrisa, una sonrisa en los labios y en la mirada, que remataba, no sé por qué, en las puntas de tres dedos de la mano derecha, un ligerísimo frote de la yema del pulgar con la del índice y el dedo medio. Acompañaba este gesto con una mirada, rápida.

Inclinaba ligerísimamente la cabeza de lado y la bajaba, también ligerísimamente, al terminar de reír. A veces incluso se le salían las lágrimas por la risa, por tanta risa.

Reía por muchos motivos. Pero el día que en Roma dispuso regresar a la Ciudad de México no rió. Estaba tomando un *espresso* con un *cognac* en un café al aire libre frente al Panteón, en el centro del campo de Marte, fumando, con toda seriedad, cuando decidió que tenía que dejar Roma atrás y regresar a México. Si no regresaba cuanto antes, se iba a volver loca, según explicó a su papá por teléfono para que él la recogiera y la regresara a casa.

Había sido buena estudiante, Fernanda. Su mente no estaba atiborrada de niebla y recordaba por lo tanto lo que estudiaba. Los periodos y los datos de la historia del mundo, los argumentos de las novelas, los nombres de los personajes. Sobre todo, sin embargo, las lenguas. Dominaba el inglés, el francés, el italiano. Eran los idiomas de los que traducía a su lengua materna que era el español, mejor llamado castellano. Porque el vasco es español, y el catalán es español, y el gallego es español aunque los vascos, los catalanes y los gallegos en diferentes grados quieran ser independientes y no pertenecer a España.

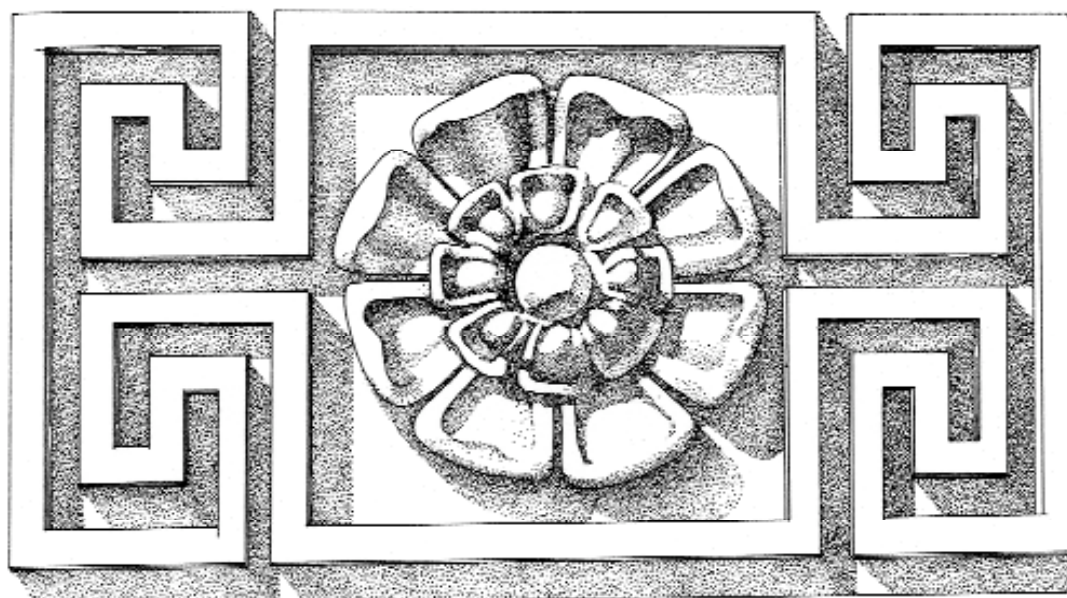
Fernanda quería ser independiente, pero llevaba muy bien la vida en casa de su mamá. Quizá porque la casa era lo suficientemente grande para que madre e hija no se estuvieran topando una con otra todo el día, quizá porque la madre vivía su vida y estaba contenta de que Fernanda supiera vivir la suya. Entonces hasta cierto punto era independiente aunque viviera en casa de su mamá, con su mamá. Después puso su propia casa. Quería tener su propia dirección. Puso un departamento pequeño en el que guardaba algunas de sus pertenencias y en el que dormía cuando regresaba de Nueva York a pasar una temporada en México. En Nueva York tenía

otra dirección y otra casa. Otro departamento en el que guardaba otras de sus pertenencias y en el que vivía.

En México tomaba su *espresso* en el café Auseba. En Nueva York, en el bar del Hotel Plaza, en la esquina suroriental del Parque Central.

No tenía muchas amigas. Tenía una, a la que llamaba por su apellido como se llaman entre sí los muchachos, o como los profesores llaman a sus alumnos varones, por el apellido. El apellido es suficiente para identificar a un hombre, en cambio a una mujer hay que identificarla con el nombre y el apellido. Comoquiera que sea, Fernanda llamaba a su amiga por el apellido, Corelli. Corelli era hija de italianos y tomaba a bien que Fernanda la llamara por su apellido. Después de todo, el apellido pasaba por nombre. Si no hubiera sido por la doble *e* que se pronunciaba como una sola *e* habría pasado también por un apellido hispano. En todo caso, a Fernanda le sonaba bien. A campana, a coro. Pero esta Corelli no tenía nada que ver ni con el músico barroco Angelo ni con el tenor Franco ni con ningún Corelli que no fuera su padre y los antepasados cercanos de su padre, los demás se perdían en la oscuridad del tiempo o de la nada y lo cierto era que a nadie le podían importar. Sin embargo cuando el tenor Corelli dio un concierto en México las dos amigas lo fueron a oír, por qué en un cine y no en un teatro no supieron. Pero les gustó mucho.

Curiosamente, a Fernanda en cambio no le gustaba bailar. Era incapaz de bailar. No había bailado nunca ningún tipo de baile. Lo que más le gustaba sin duda era leer literatura. Era buena lectora. Compartimentaba y recordaba bien a los autores por lengua, por época, por género. Prefería el siglo xx a los anteriores y decididamente a la Antigüedad. Leía ensayo y poesía, pero sobre todo leía narrativa y drama, aunque fuera rara. Prefería



la literatura italiana a todas las demás. Leía a Svevo, Moravia, Pavese, leía a Primo Levi, Natalia Ginzburg, Elsa Morante, adoraba a Montale, adoraba a Pirandello. En segundo lugar se dejaba atraer por la literatura escrita en inglés; en tercer lugar, por la escrita en francés. En cuarto lugar, por la rusa, la alemana, etcétera, la mundial, pero en traducciones. A pesar de que ella era traductora, prefería leer literatura en el idioma original, directamente, sin la intermediación de un traductor, por bueno que fuera. Ella sabía por qué sostenía un principio tan tajante como éste. Y la literatura hispanoamericana por supuesto que le encantaba.

Con Corelli, Fernanda iba de librerías. En aquel tiempo, en México iban las dos a La Gacela, al fondo de un pasaje a la izquierda, bajando una escalera corta cuyos barandales daban a unas fuentes largas no siempre limpias ni siempre con agua, aunque nunca con monedas en su asiento de mosaico azul. En La Gacela, buscaban libros que les hicieran ilusión. Ninguna de las dos había leído todavía a Turgueniev, por ejemplo, así que compraron algún libro de él que les pareció haber oído mencionar o haber visto citar. Y Fernanda compró *Tess of the d'Urbenvilles*, la novela de Thomas Hardy. Corelli no la compró, porque el título le pareció indeciso, ni inglés ni francés, y dedujo que el novelón iba a resultar igualmente fluctuante, por lo menos para sus capacidades, que eran pocas y limitadas. Corelli sí bailaba, por ejemplo, pero no viajaba sola. O sí despegaba las piernas al caminar o al s e n t a r s e , pero no tenía dos, ni mucho menos tres novios al mismo tiempo, ni sería novia de un muchacho que montara motocicleta ni tampoco de uno que fuera casado. Corelli era miedosa y lenta, mientras que Fernanda era atrevida y rápida.

Dos veces coincidieron en un mismo colegio. La primera, casi insignificante. Pe ro la segunda, significativa, fuera de lo ordinario. Porque entre una y otra cada una había salido del país por motivos diferentes y, al regresar dos o tres años más tarde, había sido cuando coincidieron en la segunda. Esta segunda coincidencia fue tan extraordinaria que las atrajo a hacerse amigas, que, propiamente hablando, antes no habían sido. Llegaron a ser tan amigas que fueron descubriendo entre ellas muchas otras coincidencias. Eran buenas para los idiomas, les gustaban las palabras, leían, iban a librerías. Les gustaba el cine, el teatro, la música. A las dos se les zafó un disco entre

las vértebras de la columna. Y, por último, las dos querían ser independientes.

Pero aquí empezaban sus diferencias, específicamente porque Fernanda podía ser independiente y en cambio Corelli no. Y no sólo porque Corelli fuera lenta y miedosa, sino porque la mente de Corelli sí estaba atiborrada de niebla, cuando era un hecho que la de Fernanda no.

El día que tuvo que renunciar a su empleo en México para irse al de Nueva York, simplemente renunció, sin drama. O, como ella misma dijo, “con cara de circunstancia”. Y punto. Con idéntico desprendimiento se refirió a la gabardina que dejó colgada en un gancho detrás de la puerta de su oficina, “mirándome circumspecta”. Y punto.

Fernanda tuvo una sola vacilación. Fue cuando le pidió a Corelli que le cubriera las espaldas con su mamá durante el primer fin de semana que pasó con uno de sus dos novios permanentes. Pero, aunque Corelli se asustó mucho y se desconcertó, no se lo tomó a mal a Fernanda, sólo cruzó los dedos para que la mamá de Fernanda no la llamara a ella para preguntarle por su hija. De todas formas aquella vacilación no fue nada en comparación con la de Corelli. Aunque la de Corelli tuvo lugar años más tarde, cuando se habría esperado que las dos hubieran sido más maduras, fue más definitiva. En todo caso, Fernanda sí la tomó a mal y se distanció para siempre de Corelli.

La víspera de la boda de Corelli, Fernanda la llamó por teléfono a su nueva casa y Corelli estaba tan nerviosa que se sorprendió mucho de que la primera llamada que recibía en su nueva casa fuera de Fernanda. De hecho se sorprendió tanto que antes de saludarla le preguntó cómo había averiguado el número de su nuevo teléfono, quiso saber quién se lo había dado. Fernanda la llamó para contarle que el vestido que se iba a poner para la boda era de color rosa pálido, pero después de sentir lo que sintió con la respuesta de Corelli ya no le contó nada. Y además, siempre ya no fue a la boda.

De ellas se habían contado muchas cosas, todas coincidían en que eran malas. Se decían a sus espaldas. Habían empezado a decirse en el segundo colegio en el que habían coincidido, y luego se siguieron diciendo fuera del colegio, pero por las mismas personas. Es decir, por sus viejas compañeras de banca. Hablaban mal de Fernanda y de Corelli. A cada una le llegaba la información o las habladurías por su lado, pero cuando les llegaban cada una pensaba en la otra. Fernanda se reía, porque nunca había sido melodramática, pero Corelli se inquietaba.

Un día se volvieron a ver. Fue un minuto. Fernanda tenía el pelo más largo que antes y ahora lo tenía blanco. Se le veía muy bien. Además se le veía muy bien el saco azul oscuro que llevaba puesto. En la solapa llevaba prendido un broche, una hoja de piedras finas, pequeñas, que brillaban cuando les daba de frente la luz. ■

